

CRÓNICA UNIVERSITARIA

EN LA APERTURA DE LOS CURSOS —

Señor Rector, Sres. Decanos, Sres. Profesores, estudiantes, señores:

He aceptado gustoso la designación de las autoridades Universitarias, para hablar en este acto. Durante varios años he participado íntimamente de la vida de esta casa de estudios. Han sido años de agitación que propusieron muchos problemas al estudiante. No puedo negar a quienes deseen cumplir honradamente una labor universitaria el testimonio de la experiencia personal que he realizado. Solamente me dirijo pues, a *los que estudian* movidos por una verdadera vocación y que se hallen dispuestos a los sacrificios que toda vocación impone.

La labor universitaria exige imperiosamente la sumisión a las condiciones naturales que le son propias. *No es posible eludirlos*, sin caer en el absurdo o en el delirio.

La Universidad se ha formado naturalmente en la Edad Media por el acuerdo entre personas que podían enseñar y otras que deseaban aprender. Se hallaban unidas por un mismo afán espiritual: la posesión de la Verdad. Sabían que sólo en ella alcanza el hombre la realización plena de su ser. Conocían las dificultades del camino y se sometían alegremente a la disciplina que impone la vida de la inteligencia. De este modo la generosa misión de dirigir correspondía a los que sabían y al estudiante la actitud humilde del que aprende. Así se establecía armoniosa y espontáneamente la jerarquía universitaria. Nacían de este ordenamiento las condiciones exteriores que son indispensables a toda labor intelectual: la atmósfera serena y la concordia de los espíritus.

La situación actual de la Universidad ha cambiado fundamentalmente. Se ha perdido de vista el objetivo espiritual sustituyéndolo por la tendencia profesional y utilitaria. No existe el fin común que unificaba a maestros y estudiantes en la búsqueda desinteresada. No se persigue la Verdad sino el título. El propósito es egoísta y por lo tanto fuente de individualismo que divide y dispersa. La primitiva economía de los estudios ha desaparecido; el esfuerzo penoso de aprender se rechaza; la jerarquía natural se desconoce. Así se explica la inquietud que agita a nuestras Universidades y la preocupación de encontrar una solución satisfactoria.

Afirmo pues la necesidad de restaurar la Universidad sobre sus prin-

cipios esenciales. El orden externo que resulta de la simple coacción física es insuficiente y transitorio. Sólo puede ser fecundo cuando es la exteriorización del orden que reina en los espíritus. Ese orden requiere condiciones morales y condiciones intelectuales. Las primeras son indispensables para que el hombre realice cualquier labor que lo ennoblezca. Las segundas consisten en la posesión de los principios tradicionales que son consustanciales con la inteligencia. El liberalismo, que es escepticismo, que niega la Verdad y el valor de la Verdad, que atribuye igual derecho a la Verdad y al error, es así, esencialmente opuesto a toda tarea intelectual. En sí mismo comporta el principio de la anarquía. En esta casa ha sido su progenitor y su permanente aliado.

Las virtudes morales y las intelectuales son asequibles completamente por la posesión de las virtudes espirituales. Sólo el hombre perfeccionado por ellas es capaz de practicar todo el bien, de lograr toda la Verdad. Las épocas fuertemente espirituales han sido también las épocas de primacía de la Inteligencia. El laicismo pretende desvincular al hombre del orden espiritual, formarlo con prescindencia de lo espiritual. El debilitamiento de las fuerzas humanas, la oposición de ellas en el hombre, la oposición entre los hombres ha sido la consecuencia del laicismo, de la privación del principio supremo de perfección y de concordia.

Esta casa ha recibido una vocación espiritual. En la medida en que ha respondido a ella, ha realizado obra de cultura, ha trabajado por la Inteligencia. Cuando ha renegado de ella, la función universitaria le ha sido vedada.

Sr. Rector, Rres. Decanos, Sres. Profesores, señores:

No ha sido mi propósito, pronunciar un discurso ni decir una conferencia. Observaciones anotadas en mis años de estudiante han dado forma a esta conversación; y hoy, en vísperas de obtener mi título universitario, a Vos Sr. Rector, a vosotros Sres. Profesores que con espíritu de abnegación supisteis transmitir vuestras enseñanzas, vuestros consejos, vuestros conocimientos ¡muchas gracias! A vosotros estudiantes, que el año que hoy iniciáis sea de óptima cosecha.

Nada más!

OSCAR LUIS DE GOYCOECHEA.